

Memoria oficial y memoria femenina

Sobre casos de esquizofrenia entre las profesoras (y profesores) de historia

Isabel Alonso Dávila

En el año 1986 una película argentina, «La historia oficial», ganaba el Oscar a la mejor película extranjera. La protagonizaba una mujer madura, por más señas profesora de historia en un centro de enseñanza media argentino, cuyos alumnos, todos varones, comenzaban su jornada cantando el himno patrio. Esta profesora, que desempeñaba a la perfección su oficio de fiel transmisora de la historia oficial, se va a encontrar con que su asignatura no le servía para explicarse su presente, ligado al de la sociedad argentina que le había tocado vivir: la de los desaparecidos, la de las madres y abuelas de la Plaza de Mayo, la de hijos de mujeres detenidas que eran entregados en adopción ilegal a mujeres precisamente como ella. Pero la **otra historia** contemporánea argentina tenía que manifestarse en su vida tarde o temprano y su descubrimiento será un encuentro doloroso con la **historia popular, la historia no androcéntrica** (que diría Amparo Moreno), la que no excluye a las mujeres, a los niños y las niñas, a las abuelas buscando a sus nietas, a las madres torturadas y desaparecidas.

La visión de esta película constituye un buen ejercicio para cualquier profesora o profesor de historia, que puede llegar a ser muy cercano a la autocrítica, al ver cómo se van desgranando curso tras curso académico unos contenidos de historia oficial que no dicen nada que pueda ayudar al alumnado a comprender su mundo actual, sino que más bien legitiman como lo histórico las guerras, los héroes y las acciones de un único protagonista de la historia: el varón adulto de raza blanca, ligado al poder político, económico y religioso, el «arquetipo viril» (de nuevo Amparo Moreno). De tanto y tanto leer en los manuales de un nivel u otro siempre **la misma historia**, profesores y alumnos acaban por ofrecer carta de naturaleza a una selección parcial de los hechos del pasado, que legitiman la expansión territorial como el motor de la historia. Y esto en un momento de auge del movimiento pacifista y de la crítica feminista al sistema educativo en el que muchas profesoras y profesores participan, no deja de parecerme una curiosa forma de esquizofrenia.

Preguntando al presente las cuestiones que realmente nos interesan, las que nos hacen movernos y vivir, se puede aprender a lanzar hacia el pasado preguntas novedosas: ¿cómo han sido las relaciones entre los sexos en los diferentes momentos históricos?, ¿cuál ha sido la postura de las mujeres y de otros hombres ante el desencadenamiento de las guerras?, ¿han existido otras maneras de solucionar los conflictos?, ¿cómo han vivido las mujeres la maternidad?, etcétera. Al cambiar los interrogantes, cambiamos el punto de vista y nos encontramos con una historia de mujeres y hombres, de niños y niñas, de adultos/as y adolescentes.

El inconveniente aparece en seguida. Este tipo de preguntas no tiene respuesta en la mayoría de los manuales al uso, la sensación de agobio puede paralizar las energías del profesorado más dispuesto; pero, al menos, se empiezan a leer los libros de texto con una

mirada más crítica y se empieza a ver no sólo lo que dicen, sino también lo que silencian, no sólo lo que incluyen, sino también lo que excluyen.

También es útil arriesgarse con nuevas fuentes: la publicidad, el cine, la historia oral, las fuentes iconográficas, los seriales radiofónicos, la arqueología doméstica, etcétera. Como mínimo, la historia dejará de ser **«una de las asignaturas más aburridas»** como aparecía en una encuesta reciente realizada por el Departamento de Enseñanza de la Generalitat de Cataluña.